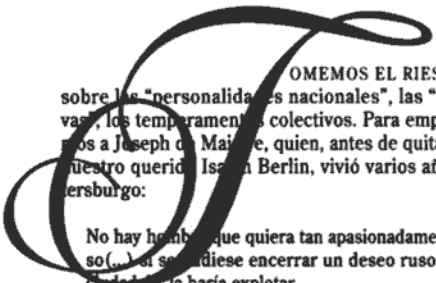


¿El alma de Rusia?

JEAN MEYER



REMEMOS EL RIESGO de delirar sobre las "personalidades nacionales", las "almas colectivas", los temperamentos colectivos. Para empezar escuchemos a Joseph de Maistre, quien, antes de quitarle el sueño a nuestro querido Isaia en Berlín, vivió varios años en San Petersburgo:

No hay hombre que quiera tan apasionadamente como el ruso (...) si se le diese encerrar un deseo ruso debajo de una ciudadela, la haría explotar.

Bueno, y ¿qué es eso, el ruso, Rusia? Lo que no deja de ser impresionante para el extranjero es la afirmación de los rusos: "Ud. no puede entender, ustedes no pueden entender, nadie puede entender." Si hay algo que choca al historiador, al antropólogo, es esa afirmación contundente. Sin embargo su omnipresencia repetitiva a lo largo de dos siglos ha de significar algo. Hace poco el filósofo Yuri Senokosov afirmó:

La separación (entre Rusia y Europa) existió siempre. Somos totalmente diferentes de ustedes. Si Ud. piensa que no hay nada más misterioso para un ruso, sino él mismo, tendrá idea del abismo que nos separa de ustedes. Los europeos pueden dar de sí mismos una definición mínima. Los rusos, no.

O sea, Rusia es un país excepcional, ni europeo, ni asiático, único, tan único que no se puede definir. Muy bien: ¡como México no hay dos! así que el enigma no nos asusta. El etnólogo ruso Boris Shishlo dice que no podemos aplicar a su país nuestros criterios sociopolíticos postmodernos, sino usar los que manejan los antropólogos para las sociedades "primitivas". ¿Por qué no?

I. CULTURA

André Ropert en su *Historia cultural del mundo ruso del año mil a nuestros días* (París, 1992) retoma la vieja teoría según la cual existe entre el pueblo ruso y sus élites, entre la cultura popular y la alta cultura, un abismo infranqueable, digamos tan infranqueable como el que existe entre Rusia y Europa. Tengo mis dudas sobre esa teoría culturalista que se inspira en Redfield pero también, aunque sea quizá inconscientemente, en el pesimismo de Oswald Spengler; por lo pronto no importa mi reserva. En 1830, Chadaiev había manifestado la misma convicción al preguntarse cómo podría Rusia

volverse un pueblo normal como los otros pueblos de Europa; señalaba que el principal obstáculo a esta "normalización" era el cisma radical entre unas élites en vía de europeización, a la buena y a la mala, desde Pedro el Grande, y un pueblo empeñado en conservar su cultura. Cultura popular, dice Robert; cultura campesina decía Pierre Pascal en 1920¹, cultura folk-religiosa dicen ambos.

Todos señalan que el parteaguas se sitúa en el siglo XVII cuando surgió la gran fractura, el *raskol*, el cisma religioso entre la Iglesia ortodoxa oficial y los "cristianos viejos", los *raskolniki*, los numerosos disidentes que rechazaron las reformas litúrgicas impuestas por la iglesia y el zar. Por 1650, el patriarca Nikón quiso "purificar" la práctica religiosa y pretendió imponer el modelo griego. Desató una verdadera persecución cuando se topó con una fuerte resistencia popular. El exilio, la cárcel, la muerte fueron el destino de los disidentes que se consideraron como los defensores de la "fe verdadera". "Nikón afirmaba que las procesiones litúrgicas no debían más seguir la marcha del sol, sino ir en sentido contrario; que se debía doblar y no triplicar el aleluya; que la prosternación se haría hasta la altura de la cintura y ya no hasta tierra; que uno tenía que persignarse como los griegos, con tres dedos y no con dos." Pierre Pascal estudió y editó al campeón de la verdadera fe, el P. Avakum, quemado en 1681 después de más de 20 años de resistencia espiritual y de muchas penas.

La tragedia fue mayúscula, se perdió la unidad religiosa, se practicó la "doble fe", la externa exigida por el Estado y la verdadera, la interna; se le perdió respeto a una iglesia cada vez más sometida al Estado. Los *raskolniki* se situaron al margen de la historia y se encerraron en un conservadurismo tan admirable, como estéril, al estilo de ciertos católicos discípulos de monseñor Lefévre, a fines del siglo XX, entre los cuales se cuenta nuestro gran Antonio Gómez Robledo. Sin miedo a la muerte y a la miseria, consideraron el mundo y la historia a través del lente apocalíptico: si la santa Rusia, la tercera Roma (después de Roma y de Constantinopla) había abandonado la fe verdadera, si el zar perseguía con el patriarca a los cristianos, eso significaba que el zar era el anticristo, que el anticristo estaba sentado en la silla de Pedro, que el mundo había caído en poder de Satanás y que por ende, el fin de los tiempos se acercaba. La persecución tardó en apagarse. Hubo que esperar hasta 1971 para que el patriarcado de Moscú levantara los anatemas del concilio de 1667. Perseguidos como criminales, los *raskolniki* se espar-

cieron hasta los confines del imperio y engendraron una multitud de sectas, hasta las más extravagantes y menos cristianas, con impresionantes prácticas alimentarias y sexuales, del ascetismo absoluto al comunismo económico y carnal. Todos los excesos de los "atletas de Dios" de los primeros siglos de la Iglesia resucitaron con ellos. Los revolucionarios en el siglo XIX y los bolcheviques vieron en ellos unos agentes para destruir al viejo mundo y a la iglesia ortodoxa, pero tan pronto como tomaron el poder los persiguieron, al descubrir que su disidencia era irreductible. Fueron los primeros en resistir y los primeros en sufrir la dictadura comunista. En 1978 unos geólogos descubrieron en la tálga siberiana, en la soledad absoluta, una familia que seguía respetando las prácticas ancestrales. Vasili Peskov publicó su historia². Como ellos, hay muchos, dispersos en pequeñas comunidades en la inmensidad rusa. Rechazan todo compromiso con la modernidad, rezan cinco horas al día en viejo eslavo, el idioma litúrgico antiguo, el único que conocen, siguen maldiciendo al zar Alexei y al patriarca Nikón, como si no hubiesen pasado los siglos. Como dice uno de ellos: "la verdadera fe se encuentra en el bosque".

II. ¿RESURRECCIÓN?

Prender abolir el pasado es irrisorio; trabajar por su aniquilación es monstruoso. En mis dos viajes a la URSS vi con tristeza los esfuerzos del Estado por expropiar al pueblo ruso su patrimonio espiritual, por cortar sus raíces. Iglesias destruidas o transformadas en bodegas, librerías en las que, cuando pedía inocentemente un libro de Soloviev o Rozanov, me miraban con ojos espantados, como si yo fuese loco; juventud rusa condenada a rumear el platillo único, la sopa desabrida marxista-leninista; todo un pueblo privado de su memoria, lobotomizado.

Gabriel Maznef (1978)

Hoy el gobierno está devolviendo miles de iglesias y la Iglesia no sabe cómo restaurar tantos edificios descuidados por más de 70 años, no sabe cómo proporcionar sacerdotes y monjes a tantas parroquias y conventos; peor aún, no sabe qué hacer con su nueva libertad después de tantos siglos de integración absoluta al Estado, sea zarista, sea bolchevique. "Yo no quisiera que la Iglesia retorne al modelo prerrevolucionario de sus relaciones con el Estado", dice el padre Vsevolod Chaplin, de la oficina de asuntos exteriores de la iglesia ortodoxa; pero no son muchos los que piensan como él; muchos quieren que el Estado sea ortodoxo y que la iglesia ortodoxa sea la iglesia oficial; esos muchos tienen el apoyo del Parlamento y de los nacional-bolcheviques, como se vio recientemente a propósito de la ley sobre la libertad de conciencia. Fue necesaria alguna movilización internacional y toda la voluntad de Yeltsin para transformar un proyecto parlamentario que, en nombre del nacionalismo ("sólo un cristiano ortodoxo puede ser un buen ruso") daba todas las facilidades a la iglesia ortodoxa y ponía todos los obstáculos a las otras confesiones, cristianas o no.

El padre Vsevolod dice: "El viejo sistema condujo al debilitamiento espiritual de la Iglesia. Este ha sido el motivo por

el cual millones de personas abandonaron la Iglesia después de la revolución. La Iglesia no debería tratar de regresar al pasado. No nos podemos confiar en el poder del Estado. Convertirnos en una iglesia oficial significaría para nosotros un beneficio pasajero y, más tarde, nos causaría un daño inmenso". Pero tanto él como el padre Alejandro Men, asesinado hace tres años en condiciones misteriosas, son como la voz que clama en el desierto.

Los que se hacen ver y oír son más bien aquellos que identifican iglesia ortodoxa, imperio y grandeza nacional; su portavoz es Juan de Ladoga, metropolitano de San Petersburgo, que confunde cristianismo con antisemitismo y ve en el mundo occidental, empezando por el catolicismo, un cáncer que corrompe a Rusia. Por eso, en 1992, el patriarca de todas las Rusias, Alexis II, escribió al papa "para decirle que un cierto espíritu anticatólico empieza a propagarse en Rusia y que un viaje a Moscú sería prematuro". Dicho patriarca le pidió en 1993 al Parlamento, a propósito del proyecto de ley sobre la libertad de conciencia, "la prohibición de la actividad de las organizaciones religiosas aún no registradas en Rusia, un nuevo registro de las extranjeras ya autorizadas y el control del carácter de sus actividades". Su solicitud fue recibida con entusiasmo por los diputados.

Así que la hora oficial de la Iglesia no es el ecumenismo y el "gran cisma" que desgarró la iglesia cristiana hace más de nueve siglos no terminará pronto. Aunque existe otra ortodoxia: la del padre Men y su sucesor, el monje Ignati, un filósofo que acaba de fundar un monasterio cuya vocación es la apertura a los otros creyentes y no creyentes. Esos hombres generosos trabajan en poner fin precisamente al mito ruso. Ese mito que está recobrando fuerza en el caos presente fue desarrollado por los pensadores eslavófilos, populistas, tolstoianos y leninistas, para decir que Rusia, milagrosamente preservada de las enfermedades occidentales (individualismo, ergo capitalismo) está predestinada, más que ninguna otra nación, a perseguir la justicia (y no la felicidad, como los Estados Unidos del siglo XVIII). Tal visión política teológica fue apadrinada por el gran poeta Rainer Maria Rilke: "Existe algún país: Dios. Rusia le es limitrofe".

El florecimiento, para bien y para mal, en la lucidez generosa y en la confusión maléfica, de la religión obliga a decir algo de la piedad popular que es a la vez luz y sombra. Sombra de la intolerancia y del fanatismo antisemita, antipolaco, antiukraniano, anticatólico, anti etc... sombra de aquellos cosacos que deambulan por las entradas de las iglesias, armados con látigos y luciendo sus trajes tradicionales, sombra de los asesinos del padre Men, doblemente culpable por ser liberal e hijo de judíos... Luz también de la misma Rusia popular de la cual escribía, en 1881, Anatole Leroy-Beaulieu: "Vive en una atmósfera diferente de la nuestra. Es casi el único país de Europa en el que el hombre del pueblo ha conservado el sentido de lo invisible, se siente realmente en comunión con los habitantes del mundo supraterrrestre. En sus pueblos de madera un santo de los primeros tiempos se sentiría en su casa". Obviamente Leroy-Beaulieu no conocía la religión popular de muchas provincias francesas de la época, para no hablar de Sicilia, Portugal y... México. Pero, un siglo después, Andrei Siniavski nos vuelve a decir lo mismo en su *Ivan durak*, o sea "Juan el menso". Siniavski descubrió en los campos de concentración "la misteriosa jungla de la fe

popular rusa", los cristianos viejos, los adventistas del séptimo día, los pentecostales, los peregrinos ortodoxos, los "sencillos (locos) en Dios", los que se saben de memoria la Biblia, los que copian a mano las Escrituras prohibidas, cometiendo así un atentado especialmente peligroso contra la Seguridad del Estado. Escribe: "Era la cultura en su transmisión oral, en su esencia primera, sobreviviendo en el nivel más profundo, más subterráneo, más primitivo. La cultura se transmitía en cadena, de boca en boca, de mano en mano, de generación en generación, de campo de concentración en campo de concentración."

El otro aspecto de la religión popular, señalado hace mucho y con generoso optimismo por Pierre Pascal, es el sincretismo o mejor dicho, la "doble fe", la mezcla, la coexistencia, la superposición de cristianismo y paganismo. Acuérdense de las espléndidas escenas en *Andrei Rubliov* de Tarkovski. A lo largo de los setenta y tantos años de dominación soviética, el cristianismo, perseguido a muerte y comprometido no menos mortalmente con el Estado perseguidor, ha dejado el campo libre a esa vida religiosa, olvidada por despreciable, por los bolcheviques. Por eso, las líneas de Pascal pueden seguir siendo ciertas: "Aceptaron la explicación del mundo que les trajo la nueva doctrina (el cristianismo), las máximas del Evangelio, la figura de Cristo y de los santos, el esplendor de las ceremonias. Sólo que no vieron por qué renunciar a sus viejas creencias en los duendes y espíritus de los bosques y las aguas, a sus ingenuos festejos por el regreso de la primavera y del verano, a su culto materialista de los muertos. Los santos cristianos quedaron encargados de contrabando de ciertas funciones de las antiguas divinidades paganas, como la protección de animales o de cosechas".²

III. ENCRUCIJADA

En 1915 Nicolai Berdiáyev, filósofo que supo lanzar un puente entre la ortodoxia y el catolicismo, escribió un folleto, *El alma de Rusia*, cuando Rusia sufría la crisis de la primera guerra mundial, preñada ya de la revolución por venir. Reeditado en Moscú en 1990, ha sido un best-seller. Según él, Rusia es un fantástico país de la embriaguez (¿borrachera?) espiritual que colecciona las enigmáticas antinomias y las insolubles contradicciones. Como tantos autores, afirma por un lado que Rusia es un país de una libertad de espíritu total, el país de los peregrinos y de la búsqueda de la verdad en Dios. El representante de esa Rusia idealizada sería el peregrino, el hombre libre de todas las ataduras, el caminante franciscano, el hermano de los pájaros y de los venados que va a la gracia de Dios. La figura del "peregrino del absoluto" (Léon Bloy) está omnipresente en la literatura rusa del siglo XIX y se laiciza en la figura del revolucionario, o mejor, santifica al militante y vuelve a confundir los reinos como en el extraño poema de Alexander Blok en el cual se confunden apóstoles y bolcheviques, Cristo y Revolución: "¡que Su Reino venga y que descienda el Espíritu!"

Más por el otro lado está la Rusia no menos eterna de la servidumbre, de la esclavitud, del látigo, de la cárcel y de la deportación, del burócrata y del *ispravnik* que castiga dizque para corregir. Rusia es la patria del servilismo total dominado por la más negra reacción: consta que el color es lo de menos, el rojo ha sido y es de la más negra reacción.

Esa Rusia es la mujer gorda y borracha que tropieza y se cae de bruces, no es la abuelita famosa, la "babushka" que resistió a todas las persecuciones y transmitió la fe perdida y castigada por los hombres; es la mujer fea que odia la belleza y no quiere salir nunca de su rutina, es la Rusia del lodo, de la borrachera apesosa, de la negación absoluta de todos los valores.

"¿Cómo descifrar esta enigmática contradicción de la vida rusa?", pregunta Beardiáyev, ¿cómo explicar esta aplicación correcta de las dos tesis contradictorias? "Una libertad ilimitada desemboca en una ilimitada esclavitud, la eterna peregrinación en el estancamiento eterno." "Rusia es una eterna novia que espera con paciencia la llegada del Salvador, su novio que descenderá del cielo. Pero el novio no llega nunca y en su lugar llega un burócrata extranjero. En la vida espiritual la poseen Marx, o Kant, o Steiner o algún otro varón extranjero".

80 años después, Friedrich Gorenstein entendió definitivamente que la religión no salvará a Rusia en el porvenir, como tampoco la salvó el ateísmo en el pasado reciente. "Uno no puede salvarse de sí mismo, el hombre se encuentra inerme frente a sí mismo. El carácter nacional, tal es su verdadero tirano. No le es dado al hombre cambiarse a sí mismo, pero le es dado entenderse y advertir a los demás en palabras".⁴

Y sigue: "Lo que será, sólo Dios lo sabe, pero el hombre sabe lo que no debe ser. No debe existir esperanza exagerada en la religión, como la hubo en el ateísmo. El cristianismo, que empezó su peregrinar histórico a partir de la conjura de los apóstoles contra Cristo, sabe evidentemente lo que el hombre espera de la religión: el apaciguamiento por el que está dispuesto a pagar con su sumisión. Espera lo que el niño de su madre: si me apaciguan, seré dócil, si no, no lo será. Lo apacigua con el amor a los sufrimientos y lo recompensa en el más allá. Si uno sustituye el amor a la hazaña por el amor al sufrimiento —lo que en principio es lo mismo—, y si se da como recompensa la gloria nacional, eso convalidará perfectamente para un desafío terrenal a Dios: la edificación de torres de Babel nacionales."

No cabe duda que en la ortodoxia rusa hay algo negro, sofocante como el cogollo de sus patriarcas y metropolitanos. Quien escribe simpatiza con la belleza —y "la belleza salvará al mundo" dijo el gran Dostoievski— de ciertas liturgias orientales, pero en la espiritualidad ortodoxa griega o rusa hay algo de maléfico, de negro, de sepulcral que viene a contradecir el alegre saltar de las campanas rusas, la luz festiva de los cirios y la sensual ascensión de los incienso desterrados por Roma. Por lo tanto, es de creerse lo que dice el judío ateo Gorenstein, el más cristiano de los cristianos: "No, la religión no renovará el carácter ruso, porque ella ha sido engendrada por el carácter ruso y necesita renovación". Necesitaría casarse con Roma, así como el catolicismo necesitaría abrazar al Oriente. La religión rusa hoy no hace más que expresar lo que caracteriza el estado presente de la religión en general. Se busca en ello no sé cuál oscuridad, no sé cual calor de la bóveda materna, no sé cuál fusión (atea) en la comunidad. Hoy los cristianos condenan el individualismo y al hacerlo se equivocan, se alejan del mensaje de Cristo que considera a cada uno de nosotros como único, que nos promete no la disolución en un cuerpo colectivo,

sino la transfiguración en la unicidad. Por eso la persona es sagrada. Quizá sin entenderlo a fondo, Tolstoi presintió algo de eso en su cuento "El padre Sergio" (editado por la SEP en tiempos de Vasconcelos). Comparto la angustia de la niña de 8 años que su madre—turista había llevado al oficio litúrgico: "¡Vámonos de aquí! ¡tengo miedo!", dijo, cansada de escuchar los '¡Aleluya!' y de mirar el féretro plateado (del Señor cubierto de besos".

Lo peor del caso es la conversión oficial de los ateos oficiales de ayer. No tengo por qué dudar de la conversión de un Shevardnadze, o de la fe de un Yeltsin y ¿por qué no? de un Gorbachov, pero encuentro grotesco el espectáculo de los sobrevivientes de la más alta *nomenklatura* soviética retratándose con obispos ortodoxos y jefes musulmanes. Maestros que predicaban el marxismo-leninismo dicen ahora "nosotros, cristianos..." Un nuevo conformismo.

IV. EDIPO Y LA ESFINGE

¿Cómo encontrará el Edipo ruso la solución al enigma planteado por su historia, por su cultura, por su vida religiosa? Berdiáyev dice que este país singular siempre ha sido la sirvienta de Europa occidental, el peor sentido de la palabra; se inclina servilmente ante Europa o niega la cultura occidental en un ímpetu de la más bruta reacción nacionalista. Él no encuentra más que una salida al círculo vicioso, y es asimilar bien la cultura europea en todo lo que tiene de positivo, lo que sería, en términos religiosos, poner fin al "gran cisma" y salvarla, a su vez, a Europa y a Roma.

Serguei Averintsev, filósofo contemporáneo, bautizado a los 35 años, programa de cierta manera lo que puede aportar el Oriente cristiano al Occidente romano: "La mejor creación de la cultura ortodoxa es el icono; esa tradición supo conservar un sentido de lo sagrado y del temor a Dios. Claro, tal temor puede hipertrofiar el miedo y la distancia entre el hombre y Dios. Pero hoy, el peligro para los cristianos de Occidente es precisamente la pérdida del sentido del pecado y de la reverencia por Dios. A la inversa, el cristianismo occidental puede compartir su teología moral tradicional, su reflexión sobre la vida concreta. El ortodoxo ruso se encuentra de hecho entre dos peligros espirituales: lanzarse en alguna hazaña ascética o caer en la decepción, la acidia (morosidad espiritual, depresión). El Oriente no elaboró un sistema que oriente al cristiano como lo hizo un Alfonso de Liguori, hacia algo como un término medio entre rigorismo y probabilismo. Además no conocimos un Estado seglar, solamente un Estado de guerra total contra la religión. Buscamos ahora los caminos que debe tomar la libertad cristiana. El alma rusa no asimiló nunca, en una perspectiva cristiana, ni la filosofía de Aristóteles, ni la tradición del derecho romano. Por lo tanto, nuestra mentalidad oscila entre la hipersacralización de los valores seculares (Estado, derecho, cultura) y su rechazo total. Eso se ve muy claramente en el campo político o cultural: el zar concebido como cabeza de la Iglesia o como anticristo; los intelectuales, en cuanto se vuelven 'creyentes', o bien quieren 'canonizar' a nuestros grandes poetas y escritores, o ven en la cultura el reino de Satanás. El ruso es muchas veces incapaz de entender que de aquí al Juicio final, la existencia no se divide en dos, sino en tres campos, el de la gracia, el del infierno y el del mundo natural, creado



por Dios y aún no transfigurado por la gracia. Esa tentación (no hay más que el Cielo o el Infierno) da a la psicología rusa un extremismo que asombra al mundo entero. Pero nos encierra en una falsa alternativa. La civilización rusa, cuando ha existido, se debió a las fuerzas capaces de domar aquella tentación.¹

Una Rusia está feneciendo, otra Rusia está naciendo. El parto es doloroso. ¿Cómo no iba a serlo? La caída del poder soviético continúa la caída del imperio zarista en febrero de 1917. La patética búsqueda de identidad de los rusos vuelve a empezar, pero tiene que olvidarse de las tradiciones del imperio y del internacionalismo proletario. En aquellos dos imperios, de manera quizá paradójica, mas no menos evidente, Rusia no tenía su lugar. Por eso, la cruel indefinición que hizo sufrir tanto a los rusos. Verdugo y víctima, el ruso no podía gozar del sentimiento de identidad comunitaria, privilegio de las nacionalidades encerradas en el imperio, "cárcel de las naciones". El guardián de la cárcel era el ruso, lo que le valía una enajenación doble.

El problema no va a ser fácil de resolver, porque, si bien Rusia se liberó del imperio en agosto de 1991, tiene adentro de las fronteras de su república un 20% de población no rusa. La república federativa rusa ¿será un Estado ruso o un Estado de los ciudadanos de Rusia, gente de la nación rusa y de las otras naciones? Rusia no existió nunca como Estado-nación. ¿Qué va a ser de ella? ✽

NOTAS

- ¹ *El campesino en la historia rusa y soviética*, Jean Meyer, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
- ² *Ermites dans la taiga*, Actes Sud, 1992.
- ³ Pierre Pascal, en *El campesino en la historia rusa y soviética*, Jean Meyer, p. 13, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- ⁴ Friedrich Gorenstein *Palma*, p. 354, Gallimard, Paris.
- ⁵ Serguei Averintsev, entrevistado por Guy M. Riou, en *La Croix*, p. 24, 20 de junio, Paris, 1993.